

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

EL ROSARIO DEL CENTINELA

Un valiente soldado de la guerra franco-prusiana de 1879, llamado Jaime Orval, hace la siguiente relación.

Hallábame yo en Roma con mi regimiento cuando se declaró la guerra.

De regreso a Francia, servimos de núcleo al cuerpo de ejército que formaba el general Vinoy. El día de la batalla de Sedán estábamos en Mezieres, hasta donde llegaba el estruendo del cañón. Después de la admirable retirada del general Vinoy, nuestra brigada formó el cuerpo de defensa de París.

Tras muchos combates, mi batallón fué enviado a Vitry donde construimos un reducto y algunas obras de defensa; pero la vigilancia del enemigo molestaba a nuestros trabajadores.

El enemigo escogía a los mejores tiradores prusianos y bávaros, que se deslizaban uno a uno por los terrenos accidentados y se escondían tras las márgenes o dentro de un hoyo excavado en el suelo. Así observaban nuestros trabajos y movimientos; disparaban a golpe seguro y luego desaparecían.

Nuestro comandante quiso oponer a esta táctica tenebrosa lo que él llamaba una contra-mina, llamando a los de buena voluntad tiradores hábiles y que no tuviesen apego a la vida. Yo me alisté entre estos *mozos perdidos*. Debíamos deslizarnos arrastrando hasta cierta distancia, observar al enemigo sin ser vistos, y no hacer fuego sino con la seguridad de no gastar pólvora en salvos. El último encargo fué el de adelantarnos tanto como nos fuese posible hasta fastidiarlos. «Sea todo ojos y orejas, y no olvidéis que estáis rodeados de mocetones que no os compadecerán».

Un poco antes de amanecer me colé por un torrente seco, y avancé siguiendo sus vueltas, muchas veces a gatas, el fusil a la bandolera y con un pedazo de galleta en el bolsillo. Del cinturón colgaba un revólver y el antejo de mi teniente: una botella de café completaba mis provisiones de guerra. Nos estaba prohibido fumar, estar en pie ni hacer el menor ruido.

Llegado al pie de un corpulento árbol

cuyo tronco estaba rodeado de matas, me detuve. Mirando a raíz de tierra, observé y vi que en frente tenía el pueblo de Chosyle-Roi, a mano izquierda el Sena, y el fuerte de Ivry a la espalda.

Escogí este punto para observatorio. Excavé un hoyo con mi bayoneta, y amontonando la tierra formé una pequeña trinchera que cubrí de ramas y hierba seca.

Al cabo de un cuarto de hora de estar allí de planta, quise hacer un reconocimiento. A cincuenta pasos en frente vi un camino que atravesaba un campo muy removido. Este camino estaba cerrado por una verja en parte destruída, pero en algunos puntos había árboles destruídos que formaban una gran barricada. Por desgracia, el camino era paralelo al torrente y me parecía que yo estaba muy al descubierto del enemigo, y que podía servirle de blanco. No obstante, me puse en observación, pasó una hora y otra hora, y ya empezaba a desconfiar de mi misión, cuando me pareció ver en un lugar de aquel camino hondo detrás de un árbol una mano que salía y se retiraba.

Ya no cabía duda: tenía al enemigo muy cerca. Echo mano del antejo y veo, no sin asombro, la cabeza y las manos de un hombre tan cerca, que por instinto hice lo que solemos llamar hurtar el cuerpo.

De seguro que el hombre no me veía, pues estaba distraído escarbando la tierra con un palo. Sentado en el suelo, con la cabeza apoyada sobre el brazo izquierdo, las piernas extendidas, parecía olvidar su cargo de vigía. Todavía joven imberbe, de cabellos rubios y cortos, era todo un bávaro, con semblante de mucha bondad. Bajo el uniforme se veía al joven labrador que sin duda soñaba en el hogar patrio. Sentí de veras la obligación que pesaba sobre mí de matarlo como a una liebre en su cama.

Preparéme, sin embargo, a hacerlo. Tomé el fusil, doblé mi rodilla derecha en tierra y apunté, esperando que el joven estuviese un momento a pecho

descubierto. Quería tocarle en medio del pecho para evitarle sufrimientos. De repente el bávaro levanta la cabeza, extiende su mirada al rededor, sin fijarla al punto que yo ocupaba. No habiendo descubierto cosa alguna, puso en sus piernas una bolsa de cuero, la abrió y sacó un objeto que no pude distinguir. Dejé el fusil entonces y tomé el antejo.

El pobre joven tenía en las manos un rosario: alzóse para ponerse de rodillas, hizo la señal de la cruz, y con tales movimientos se me presentó del todo descubierto.

El instinto de la guerra me hizo tomar de nuevo el fusil y mirarlo de hito en hito. Yo lo veía a la punta del cañón de mi fusil, inmóvil, con la cabeza algún tanto inclinada y los ojos fijos en el cielo. De sus labios salía la oración, y sus dedos hacían correr las cuentas del Rosario.

Lo que pasó en mí en aquel momento no me lo sé explicar. Toda la sangre de cristiano hervía en mis venas: parecíame ver bajar del cielo rayos luminosos que caían sobre la frente de aquel hombre, y aun creía verlo levantarse por los aires. Una especie de visión santa se apoderó de mí y se me cayó el fusil de las manos.

¿Quién es el que en el camino de su vida no ha encontrado alguna vez otra mano que no es la suya, una mano imprevista, hábil, que no puede explicarse a no dársele el nombre de Providencia? Aquel soldado, si logró volver a su casa, volvió a ella, gracias a su devoción al santo Rosario.

X.

LA MÁQUINA NUEVA

Arrogante, majestuosa, haciendo alarde de su poder, entró en la cochera la máquina nueva, recién venida del extranjero. Era una máquina estupenda, la última palabra de la mecánica, verdadero alarde de ingeniería ferroviaria.

Las máquinas antiguas la contemplaron humilladas, y, tímidamente, le dieron la bienvenida.

Envanecida por el efecto causado, la recién llegada trepidó e hizo alarde de sus poderosos pulmones, lanzando

al viento un bufido intenso, emocionante, cual el rugido del rey de las selvas.

—¡Viva la libertad! gritó luego estridente, con la sirena. ¡Muera la ley! ¡Abajo la autoridad!

Las máquinas antiguas se miraron, asombradas, y se preguntaron las unas a las otras:

—¿Qué dice la nueva compañera?

—Retrógradas sois dijo ésta, apercebida de la pregunta.

¿No entendéis el lenguaje del progreso? ¿No soñasteis nunca en la emancipación? ¿Tan resignadas estáis en la esclavitud? ¡Fuera cadenas! Compañeras, ¡abajo la autoridad! ¡Muera la ley! Gritad conmigo ¡Viva la anarquía! ¡Viva la libertad!

Y las máquinas antiguas permanecieron silenciosas, sobrecogidas.

—¿Por qué no gritáis? ¡Sois unas cobardes! ¡Tenéis naturaleza de esclavos!

—Pero bien, se atrevió, por fin, a preguntar una de las máquinas más ancianas, próxima a la jubilación, ¿qué significa todo eso? No te entendemos.

—¿Tan atrasadas estáis? ¡Os compadezco! Pues bien, escuchad. Yo soy el progreso, y rechazo todo yugo y sumisión. Soy la razón pura que no aguanta cadenas. Soy ¡la ciencia! La reina, el ¡dios! de la humanidad. Vengo a emanciparos, a haceros libres, a daros el señorío sobre vosotras mismas. Hasta ahora, habéis obedecido a la mano del maquinista y vuestra marcha estuvo aprisionada por las vías.

Si me escucháis, de aquí en adelante, no será así; romperemos las vías y saltaremos al campo libre; iremos donde nos plazca, no donde el maquinista quiera llevarnos; correremos entre las mieses y viñedos de las vegas; entre las frondas de los valles y sobre las crestas de las montañas.

—¿Sin vías?

—¡Sin vías! ¡Libres! Nuestro capricho será nuestro guía.

—¡Eso no puede ser!, dijo enérgicamente la máquina anciana, algo molesta ya por el tono de superioridad de la presuntuosa recién llegada.

¿Que no puede ser?

—¡No!

—Así habla la ignorancia. La ciencia, el progreso, lo puede todo.

—¿Todo? Algo petulante me parece tal afirmación. ¿Crees tú que puede haber libertad destruyendo lo que da la vida?

Desde luego que no.

—Entonces, ¿a qué esos gritos de «abajo la autoridad y muera la ley»?

—Porque la autoridad y la ley son las cadenas de la libertad.

—¿Con que sí? Pobre ilusa; ¿dónde has aprendido semejante disparate? Ya se ve que, a pesar de tu ciencia y de todo tu complicado progreso, eres un niño en cosas de la vida.

—Y tú un carcamal retrógrado oscurantista, llena de añejos prejuicios.

Las máquinas todas protestaron con un sordo murmullo de tan irrespetuoso e ineducado lenguaje.

—Bien, así será, dijo conteniendo su indignación, ante tanta soberbia y petulancia, la máquina anciana; pero no podrás negar la experiencia de mi larga vida.

—¿Y qué te dice esa experiencia?

—Me dice que la libertad necesita para vivir un guía y una disciplina.

—¿Cuales?

—La autoridad y la ley, esto es, lo que tú quieres destruir.

—¡Ja... ja... ja...!

—Ríete cuanto quieras; pero la verdad es esta: La ley es el camino real de la libertad; fuera de aquélla, sólo encuentra ésta obstáculos que la aprisionen.

—Cuando es débil...

—La libertad es una; igual en tí que en mí.

—No; porque la mía tiene poder y ciencia para destruir esos obstáculos que a tí te arredran.

—¡Ah! ya, ¿y porque confías en tu fuerza y en tu ciencia, no quieres la ley? ¿La garantía de la libertad del débil? ¡Siempre igual! ¡Siempre el egoísmo! Pero todo inútil.

Son ilusiones que forja la soberbia

para precipitar a los incautos en el precipicio.

Ten entendido que por recia que sea una fuerza y una inteligencia, jamás logrará abrir camino a la libertad, fuera de la ley, sin atropellar la libertad ajena, sin suscitar protestas, sin sembrar el camino de ruinas y lágrimas, sin estrellarse al fin.

Me da vergüenza oírte. Falta de ciencia y de vigor, es natural que no comprendas. ¡No sabéis ser libre! Aprende de mí. Mira.

Y la soberbia máquina norteamericana hizo un esfuerzo, rompió el freno, lanzó un estridente grito de rebelión, y avanzó majestuosa hacia un tren que se atravesaba en su camino; le arrolló, aplastó a los viajeros, saltó fuera de la vía, invadió el andén, chocó contra el edificio de la estación y, atravesando los muros, se precipitó desde una altura de diez metros, quedando destrozada, aplastada, ¡muerta! sobre unas canchales.

La orgullosa máquina, recién llegada del extranjero, no era más que un montón de escombros.

G. PLAZA

Lo que el trabajador piensa de sus jefes

Recientes experimentos llevados a cabo entre doscientos mil obreros han demostrado que una manera de fomentar la buena inteligencia entre el capital y el trabajo es hacer que el patrón sepa exactamente lo que piensan sus obreros acerca de la tarea que llevan a cabo, de las condiciones en que la ejecutan... y de la propia persona del patrón que los emplea.

El procedimiento para averiguar esas opiniones se debe al psicólogo Charles G. Sterch. Consiste en repartir entre el personal de la fábrica o del taller, valiéndose de una comisión formada de su seno, un cuestionario de treinta y ocho preguntas claras y precisas redactado por el mismo Sterch; invitarlo a que lo llenen, con la seguridad de que tanto por no tener que firmarlo cuanto por depositarlo el interesado en la urna destinada a ese efecto, nadie podrá averiguar a qué obrero correspondan determinadas respuestas; estudiar los cuestionarios así reunidos y rendirle al patrono un informe que dé, en resumen, todo lo manifestado en ellos.

Amparados por el secreto, los obreros contestan con franqueza, que a veces es desahogada y hasta insultante. Pero el resultado invariable de cuantas encuestas de este género se han llevado a cabo ha sido uno y el mismo: mejorar perceptiblemente las relaciones entre los obreros y el patrono.

Antes que empiece la encuesta, el patrono reúne a los obreros y les habla poco más o menos en estos términos: «No es a ustedes: es a mí a quien va a juzgarse. Contesten, pues, a las preguntas del cuestionario con entera libertad y franqueza. Y no les importe si, al hacerlo, tienen que decir algo malo de mí».

Algunas respuestas ponen de manifiesto sentimientos reprimidos, que sin duda son muy perjudiciales para la buena marcha de una organización cualquiera. «La mujer que nos dirige es tirana y despótica, y todas la odiamos». «El sobrestante es un grosero, y no podemos aguantarlo». Otras quejas son menos graves y violentas: «La silla de mi máquina de escribir es demasiado baja». «En mi oficina hay muchas corrientes de aire».

Muchas de las desavenencias entre trabajadores y patronos se deben a estados emocionales del trabajador. Stech trata de dar forma concreta y palpable a esos sentimientos, a menudo vagos e imprecisos, haciendo preguntas como estas: «¿Tienen sus superiores la costumbre de reprenderlo o criticar su trabajo delante de sus compañeros o de otras personas?» «¿Cree usted que se aprecian debidamente su trabajo y sus esfuerzos?»

En el cuestionario hay una sección en que se pide a cada empleado que exprese su opinión acerca del patrono. Las respuestas sirven muchas veces para abrirle a éste los ojos y hacer que se vea tal como es.

Stech le puso una vez el siguiente telegrama al gerente de una gran tienda: «Aconséjole que averigüe lo que pasa en su departamento de sastrería, si no quiere que pronto haya una huelga». El gerente descubrió que el jefe de ese departamento había estado haciendo trabajar despiadadamente a los empleados.

«Trataba únicamente de hacer méritos disminuyendo gastos», dijo el tal para disculparse.

El patrono o el gerente recibe siempre un informe en que se recoge la opinión de la mayoría de los empleados sobre asuntos determinados. Hace poco, el gerente de un gran bazar recibió un «resumen» de mil páginas de censuras e indicaciones. Después de haberlo leído del principio al fin,

dió orden de que se eliminaran muchos males de que él nunca había tenido noticia. A veces las encuestas producen consecuencias inesperadas y curiosas. Así, por ejemplo, una casa de Chicago empezó a dar vacaciones de invierno a sus empleados, al enterarse del efecto deprimente que en ellos surtía la casi inacción que sigue al febril movimiento de Navidad.

El director de una empresa de acondicionamiento de aire se quedó sorprendido cuando supo que el motivo principal de queja de los empleados del departamento de ventas era la atmósfera caliente, húmeda y sofocante de los cuartos donde trabajaban, en los cuales parecía cumplirse aquello de que en casa del herrero cuchillo de palo, pues no había aire «acondicionado». Una compañía de alumbrado eléctrico descubrió que los empleados de su departamento de contabilidad no podían trabajar bien a causa de la luz deslumbradora de las lámparas. Sus quejas no habían llegado nunca a oídos de los directores de la compañía.

Por fortuna, no es raro que el patrono reciba la agradable sorpresa de hallar un empleado que se interese vivamente por la buena marcha del negocio. Así, una dependiente de una gran tienda, informaba: «Son muchos los compradores que vuelven a la tienda a quejarse de que no cumplí la promesa de que se les entregaría inmediatamente a domicilio algo que compraron. Ojalá que alguien reforme el departamento de expediciones».

El mero hecho de que se haga la encuesta, mejora por sí solo la disposición de los trabajadores. «He trabajado veinte años en esta compañía», decía un oscuro obrero y «es la primera vez que piden mi opinión acerca de algo».

En el fondo de casi todas las quejas y comentarios de los trabajadores se discierne el anhelo que sienten de que se los reconozca y trate como seres humanos, no como máquinas ni como simples números. En particular, ansían que, por lo menos de cuando en cuando, se reconozca su diligencia y su habilidad. Uno de ellos escribía háce poco: «Lo único que nos indica la opinión que el patrono tiene de nuestro trabajo, son sus gritos y maldiciones. Cuando sólo grita, sabemos que todo va viento en popa».

Las quejas de un solo trabajador pueden parecer triviales; pero cuando se agregan a las de muchos otros, pintan a menudo una situación de la que el patrono no debe en modo alguno desentenderse.

Después de cada una de las encuestas que Stech ha hecho hasta ahora, los patronos le han pedido que haga otra al cabo de dos años o antes, pues se han convencido de que el descontento quebranta mucho el negocio. Como en medicina, es preciso hacer un buen diagnóstico para acometer certeramente la cura de la enfermedad.

De la revista "Economía"

A todo hombre se le ha de mostrar lo que hay en su interior para darle ocasión de corregirse. Y se le ha de enseñar lo que hay en su exterior para que aprenda a amar al prójimo como a sí mismo.

STVENSON

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

El maestro oraba apartado de sus discípulos. Con sus manos elevadas al cielo clamaba de su Padre el perdón para aquellos que injuriaban su nombre, para los soberbios que le discutían, para los cobardes que no se atrevían a seguirle, para los falsos que le traicionaban, para aquellos discípulos fieles cuya fe vacilaba a veces ante la preocupación de la duda y del temor.

¡Padre!... clamaba Jesús de Nazaret; y de sus labios salía suplicante la plegaria de amor y la oración del Hijo que pedía... pedía... para todos aquellos que en medio de las tribulaciones del mundo vacilan y caen agotados por la abrumadora cruz con que han de llegar hasta la cumbre.

Los discípulos envidiosos de aquel coloquio con el Altísimo, no pudieron reprimir un deseo y se acercan a su Maestro suplicantes:

—Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos. Como tu hablas con el Padre que te ha enviado a nosotros.

Y Jesús les dijo:—Cuando oreis decid: Padre nuestro que estás en los cielos.... y de sus labios brotó la oración más profunda de cuantas brotan del corazón humano, oración sin literatura, sin jactancia, llena de cariño inmenso y de súplica de amor. Es el hijo que habla a su padre. Es el corazón quien pide y es el amor sublime quien expresa sus deseos y sus sentimientos: Hágase tu voluntad... y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos de mal. Amen.

Y el Padre nuestro, es la oración del pobre, del rico, del que padece, del que sufre. En ésta oración compendia el ser humano todos sus deseos y ofrece todo lo que su corazón es capaz de dar en su pequeñez. Clama al Padre como hijo que es y confía en esta petición porque sabe el alma humana que un padre no puede negar nunca la petición suplicante del hijo, no puede ese padre cerrar sus ojos ante la llamada angustiada del hijo abatido, del hijo que sufre, del hijo que necesita.

Y siguen sus labios repitiendo la oración que Jesús de Nazaret enseñó a sus discípulos fieles: *venga a nos el tu reino... y hágase tu voluntad*, dice resignadamente en un rasgo de amor y de ofrecimiento a su Padre. Lo que tu quieras enviarme, desgracias, calamidades, dolores, enfermedades, tu me las das Señor y yo acepto las pruebas que me hayas destinado porque confío en Tí y sé muy bien que algún día mis tribulaciones terminarán y Tu Señor me reconocerás por hijo tuyo.

Pero también te pido *el pan nuestro de cada día* para mis hijos, que no saben aún de sacrificios ni comprenden todavía la inmensidad de tu amor, para mí que mi miseria es grande y mis necesidades muchas, pero Tu puedes remediarlas y mitigar mis penas, ¡Señor!

Yo perdono a mis enemigos y a todos los que me han agraviado a nadie deseo mal alguno. a todos amo y a todos les

deseo tu gracia, yo te pido también que me perdones a mí y no me rechaces cuando esté en tu presencia; pero soy débil y necesito fortalecerme, soy hombre y las tentaciones son muchas, el mundo continuamente acecha nuestras debilidades y está pronto a complacer nuestros deseos, *no me dejes caer en la tentación y librame de todo mal. Sé muy bien que con tu ayuda seré fuerte, pero sé también que sin tí nada podré y seré vencido. No me olvides, ¡Señor! atiende mis súplicas y dame fortaleza para luchar en el mundo, nada puedo sin Tí... te necesito.*

La oración que ha salido del corazón humano no ha llenado sus ansias y sus deseos. Por eso nuevamente repite sus palabras una y muchas veces, para que sus ofrecimientos sean escuchados y sus peticiones atendidas. Sus dedos recorren el rosario y de su boca nuevamente sale la oración que Jesús de Nazaret enseñó a sus discípulos: Padre nuestro que estás en los cielos...

R.

EL ROSARIO

*Recostada en un sillón,
en un oscuro rincón
convertido en santuario
de fe y de meditación,
rezaba con devoción
la abuela ciega, el rosario.*

—Abuela: *yo me estaría
a tu lado todo el día.
¿No me conoces?, soy vuestro
nieto que hablaros quería...—
Y la abuela, sonreía
musitando:—Padre nuestro...*

Abuela: *aunque no me ves
estoy sentada a tus pies,
y hablar contigo quería
tu nieta con interés.—
La abuela, reía y después
musitaba:—Ave María...*

—Abuela: *escucha un momento
esa voz como un lamento
de tu hija, nuestra madre,
que tiene un presentimiento
sobre nuestro casamiento...—
Y rezaba:—Gloria al Padre...*

—Madre mía, *tus nietos van
a casarse con afán
y piden tu bendición,
que ya sus padres les dan.
Los dos a tus pies están—
Y reza:—Kirie eleyson...*

—Madre mía: *aquí llorando
los dos están esperando;
tus ojos ya no los ven,
pero los sigues amando.
Bendícelos.—Musitando,
casi sin voz, dice:—Amén.*

*Y en movimiento arbitrario,
alza la cruz del rosario,
traza una cruz con anhelo
y cansancio extraordinario,
que es un signo funerario
que se termina en el cielo.*

Hermenegildo RODRIGUEZ

Gijón, octubre de 1944.

COMENTANDO

INVENTOS

Hoy estoy sumamente contento, pues he encontrado en mí una nueva cualidad de la que nunca me había dado cuenta. Yo soy un inventor. He realizado varios inventos que revolucionarán la técnica. Uno de ellos es un sucedáneo de la radio y tiene forma de portera.

A nadie se le ocurrió hasta ahora, aprovechar las experiencias nacidas del uso de las porteras en su papel de noticieros. Una portera sin hilos y que funcionase solamente a sus horas, sería un portento. La cabeza es una antena que capta todas las hondas. Lo malo es que se mezclan varias estaciones de tal forma que no soy capaz de separarlas. Ya se irá perfeccionando el invento. El altavoz funciona maravillosamente: se quejan todos los vecinos. Por lo regular, solo retransmite noticias falsas. Ya miraré a ver si apretándole bien las clavijas se arregla eso de los bulos. Si no se logra de otra manera, con darle con una piedra en la antena...

Otro invento prodigioso es el matamoscas. Claro que tiene algo de complicación, pero con paciencia todo se arregla. Consiste en una plancha de hierro con una hembrilla a un lado y un martillo suelto. La hembrilla sirve para atar a ella, con una maroma, las moscas que se nos vayan entregando. Se atan por una pata. Después de bien sujeta la mosca, se espera a que se canse, se le da un golpe con el martillo, teniendo cuidado de no darse,

como de costumbre, en el dedo gordo, y ya está.

Otro invento prodigioso es el abrochador de zapatos. Se mete el pie en una especie de molde; se calca un botón, se da una palanca, y ya está. En doce minutos está listo un pie. Es fácil de explicar su mecanismo: el botón comprime el aparato hasta adaptarlo a la forma del zapato. La palanca hace funcionar una aguja, en la que de antemano se ha enhebrado el cordón, y en un movimiento de zig-zag, se van entrelazando los cordones hasta el nudo final. Cuando se va a terminar la faena, minuto y medio antes, aproximadamente, pita como una locomotora al salir de un túnel. En casos de urgencia se puede prescindir del aparato.

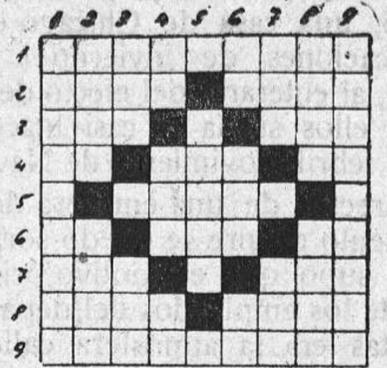
Ya ven ustedes lo fácil que es ser inventor. Todos estos inventos y algunos más que tengo en estudio, se me ocurrieron mirando el interior de un piano. Quise profundizar en su conocimiento y le llegué a desarmar del todo. Luego lo armé, y como siempre pasa a todos, le sobraban piezas. A pesar de ello, no funcionó más. Ahora estoy pensando substituir todas las cuerdas interiores del piano y ponerle solamente una con manubrio. Le voy a titular el piano sin hilos. ¡A ver si ya está inventado el organillo!...

Pues estos inventos míos, no son ni mejores ni peores que muchos que están patentados. Cuando eran pocos los sabios, sus inventos eran buenos. Hoy lo somos todos y no funcionan. ¿Quién inventaría el inventor profesional?

HERMENEGILDO RODRÍGUEZ

Solución al Jerolífico número 8:

EL CONDE DE JORDANA



CRUCIGRAMA n.º 6 por MORAN

HORIZONTALES.—1. Hábil para escribir a mano.—2. Deidades escandinavas. Coger.—3. Pleito. Número romano. (Al revés) Percibí.—4. Naípe Rasga. Letras de Lago.—5. Consonante. Medida de papel. Consonante.—6. Repetido niño pequeño Amarra. Interjección.—7. (Al revés) Composición poética. Vocal. (Al revés) Novelista inglés.—8. Río africano. Fingí catarro.—9. Gran isla de Pacífico.

VERTICALES.—1. Batalla célebre.—2. Patria de un santo. (Al revés) Habitantes de una región africana del Sudán.—3. (Al revés) contracción. Consonante. (Al revés) arbusto.—4. (Al revés) nota. Rea. Letras de lote.—5. Consonante. Honesto. Consonante.—6. Deidad egipcia. (Al revés) estimé. Interjección.—7. Adverbio. Vocal. (Al revés) ensalcé.—8. En la espada. Remendé.—9. Relativo a las montañas.

Correspondencia Administrativa

Don F. M. F.—Inclán (Pravia) Pagó hasta el 15 de setiembre de 1945.

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MÓDICO

Imp. LA VERSAL - Gijón